XXXI Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo B

Segunda Lectura: Heb 7, 23-28:

Jesús tiene un sacerdocio eterno, porque Él permanece para siempre

Jesús tiene un sacerdocio eterno, porque Él permanece para siempre. La carta a los Hebreos en la segunda lectura, prosigue la enseñanza sobre el sacerdocio que comenzó el domingo anterior. En ella se nos presenta el sacerdocio de Cristo como el único sacerdocio. Único, porque la muerte impide a los demás sacerdotes permanecer en su cargo; Cristo, permanece para siempre y posee un sacerdocio que no pasa. Él vive siempre y por eso intercede siempre por nosotros.

Sigue la comparación entre el sacerdocio de Jesucristo y el de los grandes sacerdotes de Jerusalén. En éstos, la muerte pone fin a sus funciones; por el contrario, Jesucristo es precisamente después de haber muerto y resucitado que entra de lleno en su sacerdocio celestial, "porque vive siempre para interceder en favor" de los hombres; los sacerdotes antiguos, al morir, tenían que ser sucedidos por otros sacerdotes, mientras que Jesús "tiene el sacerdocio que no pasa".

El sacerdote de Cristo es único también por otros motivos: es santo, sin mancha; no necesita ofrecer sacrificios por sus propios pecados, y después por los del pueblo. Por los del pueblo, lo hizo de una vez por todas, ofreciéndose a sí mismo. En la ley de Moisés, los sumos sacerdotes están llenos de debilidades. En la Nueva Alianza, el Hijo, llevado hasta su perfección, es designado por el Padre único y verdadero Sumo Sacerdote.

Este único sacerdocio de Cristo es participado por todos en la Iglesia mediante el sacramento del bautismo. Pero es preciso advertir que el sacerdocio, en todos sus grados, y por consiguiente, tanto en los obispos como en los presbíteros, es una participación del sacerdocio de Cristo que, según la carta a los Hebreos, es el único sumo sacerdote de la nueva y eterna Alianza, que se ofreció a si mismo de una vez para siempre con un sacrificio de valor infinito, que permanece inmutable y perenne en el centro de la historia del amor de Dios por el hombre, en vistas a su salvación (cf. Hb 7, 24.28).

No existe ni la necesidad ni la posibilidad de otros sacerdotes además de, o junto a Cristo, el único mediador (cf. Hb 9, 15; Rm 5, 15.19;1 Tm 2, 5), punto de unión y reconciliación entre los hombres y Dios (cf. 2 Co 5, 14.20), el Verbo hecho carne, lleno de gracia (cf. Jn 1, 1.18), verdadero y definitivo sacerdote (cf. Hb 5, 6; 10, 21), que en la tierra llevó a cabo la destrucción del pecado mediante su sacrificio (Hb 9, 26), y en el cielo sigue intercediendo por sus fieles (cf. Hb 7, 25),

hasta que lleguen a la herencia eterna conquistada y prometida por él. Nadie más, en la nueva alianza, es sacerdote en el mismo sentido.

El sacerdocio de Cristo es eterno. Dura siempre. Como la muerte ya no tiene poder sobre Cristo, éste permanece para siempre, y ejerce un sacerdocio 'exclusivo'. Puede salvar definitiva y perennemente a los hombres y unirlos a Dios. Vive para interceder por nosotros, y su intercesión es eterna, porque deriva del sacrificio que consumó una vez por todas en el calvario.

Si Jesús tiene un sacerdocio eterno, porque Él permanece para siempre, entonces Jesús nos abre la puerta de par en par, de manera definitiva. "Está siempre vivo para interceder por nosotros". Su resurrección es la garantía de la eternidad de su misión respecto a nosotros. Jesús no deja de orar, de suplicar a su Padre por nosotros, por mí, por todos los hombres como sacerdote eterno que media, intercede ante Dios por los hombres.

Jesús tiene un sacerdocio eterno, porque Él permanece para siempre. Sí, toda la riqueza de Cristo "es para todo hombre y constituye el bien de cada uno" (RH 11). Cristo no vivió su vida para sí mismo, sino para nosotros, desde su Encarnación "por nosotros los hombres y por nuestra salvación" hasta su muerte "por nuestros pecados" (1 Co 15, 3) y en su Resurrección "para nuestra justificación" (Rm 4,25). Todavía ahora, es "nuestro abogado cerca del Padre" (1 Jn 2, 1), "estando siempre vivo para interceder en nuestro favor" (Hb 7, 25). Con todo lo que vivió y sufrió por nosotros de una vez por todas, permanece presente para siempre "ante el acatamiento de Dios en favor nuestro" (Hb 9, 24).

Agradecemos al Padre, por manos de Nuestra Señora de la Soledad, porque tenemos en Cristo al Sumo sacerdote santo, inocente, sin mancha. Él está siempre vivo para interceder en favor nuestro (Hb 7, 25).

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)